

LIBRILLO 1

EL BÚHO QUE DIRIGÍA EL BOSQUE

LA HABITACIÓN DONDE
COMIENZAN LOS SUEÑOS

Una historia sobre la amistad,
la música y la magia
de escuchar.

GUILLERMO ISAZA FISCÓ



Una historia ilustrada para lectores de 5 a 8 años...

y para todos los adultos que aún conservan

la capacidad de escuchar un bosque.

Recomendación: Lectura acompañada: desde los 5 años.

Lectura autónoma: Desde los 8 y lectores algo mayores.

Índice

LIBRILLO 1

PRIMERA PARTE

EL BOSQUE ABRE LOS OJOS

La habitación donde comienzan los sueños

Las hojas doradas

Una sombra entre las ramas

El búho

Lolo y el color azul

El Bosque de los Mil Caminos

El árbol que hablaba sin palabras

En este bosque nadie camina solo

Dos amigos frente al lago

La hoja y la pluma



LIBRILLO 1

SEGUNDA PARTE

EL CUADERNO DE TAPAS AZULES

El viaje del búho

La ciudad de los sonidos

El hombre que levantaba las manos

El maestro que sabía escuchar

La voz de un pequeño pájaro negro

La música encuentra al búho

Antes de dirigir

El secreto de la batuta

La confianza también se ensaya

Aprender con el corazón



La habitación donde comienzan los sueños

Aquella noche llovía muy despacito.

Tac... tac... tac...

En una habitación pequeña y calentita,
un niño esperaba bajo las cobijas.

— — — — —



Las gotas caían sobre el tejado como si cantaran una canción para dormir. El niño tenía los ojos muy abiertos. Sabía que estaba a punto de llegar el momento más bonito del día.

La puerta se abrió con suavidad y mamá entró con un libro entre las manos. El niño sonrió, y mamá le devolvió la sonrisa.

—¿Listo para un cuento? —preguntó.

El niño asintió tan rápido que casi hizo caer la almohada. Mamá se sentó a su lado, apoyó el libro sobre las cobijas y lo abrió con mucho cuidado.

Las páginas dejaron escapar un sonido muy suave:

Ffff...

Era como si el libro despertara después de haber soñado durante todo el día. Entonces, una diminuta hoja dorada asomó entre las páginas y flotó sobre las cobijas. Después apareció otra. Y otra más.

Ninguno de los dos lo sabía todavía, pero aquella noche no iba a ser como las demás.



Las hojas doradas

Las hojitas doradas siguieron viajando hacia la noche.
 Una tras otra, cruzaron la habitación y atravesaron
 el cristal como si fuera agua. Cada una parecía
 conocer el camino.



Cuando tocaban una rama, la rama brillaba. Cuando rozaban una piedra, la piedra parecía sonreír. Hasta el pequeño arroyo comenzó a reflejar una luz dorada que no estaba allí antes.

El niño contemplaba todo desde la ventana, sin decir una palabra. Nunca había visto algo tan hermoso.

—¿Adónde van? —preguntó en un susurro.

Mamá pasó otra página del libro.

—Van a despertar una historia muy antigua.

El niño abrió aún más los ojos.

—¿Una historia que estaba dormida?

Mamá asintió.

—Sí... una historia que vive en el corazón del bosque.

Afuera, el viento dejó de soplar por un instante. Todo quedó en silencio. Un silencio tranquilo. Un silencio que parecía estar escuchando.

Entonces ocurrió algo extraordinario: las hojas de los árboles comenzaron a moverse muy despacio.

No era el viento. Era como si los árboles estuvieran saludando.

Las luciérnagas encendieron, una a una, sus pequeñas luces. El sendero brilló como un hilo de oro entre la hierba.

Muy en el fondo del bosque, donde la luna apenas alcanzaba a mirar, dos grandes ojos se abrieron lentamente.

El niño todavía no podía verlos. Pero alguien, desde el bosque, ya sabía que el cuento había comenzado.



LIBRILLO 2

EL BÚHO QUE DIRIGÍA EL BOSQUE

EL MIRLO

GUILLERMO ISAZA FISCÓ





Una historia ilustrada para lectores de 5 a 8 años...

y para todos los adultos que aún conservan

la capacidad de escuchar

una canción que nadie ha escrito.

Recomendación: Lectura acompañada: desde los 5 años

Lectura autónoma: aproximadamente desde los 7 u 8 años.



Índice

LIBRILLO 2

PRIMERA PARTE

UNA MÚSICA PERFECTA

El bosque que  miraba la batuta

La nota de la hoja roja

El concierto perfecto





SEGUNDA PARTE

LA CANCIÓN QUE NADIE ESCRIBIÓ

Cuando llegó el viento

La canción del mirlo

El bosque también sabía escuchar

PRIMERA PARTE

UNA MÚSICA PERFECTA





El bosque que miraba la batuta

El pequeño Lolo abrió el cuaderno azul.

Las hojas olían a bosque.

Y, mientras el búho comenzaba a hablar...

el bosque volvió a abrirse frente a ellos.



En el corazón del Bosque de los Mil Caminos, el búho había reunido una orquesta.

No tenía violines, ni flautas, ni tambores.

Pero tenía ranas que cantaban junto al río, grillos que marcaban el ritmo, pájaros carpinteros que golpeaban los troncos, ardillas que hacían sonar sus nueces y mirlos cuyas voces parecían pequeñas gotas de noche.

Cada tarde, el búho subía a una roca.

Sostenía una rama delgada entre las plumas y la levantaba muy alto.

Todos guardaban silencio.

Cuando la batuta descendía, el bosque entero comenzaba a tocar.

Con el paso de los días, el bosque aprendió a tocar cada vez mejor.

Las ranas esperaban el momento exacto para cantar.

Los grillos mantenían el mismo ritmo durante horas.

Las ardillas golpeaban las nueces con una precisión sorprendente.

Hasta el río parecía hacer menos ruido cuando llegaban las partes más suaves de la música.

El viejo búho observaba orgulloso.

—¡Lo estamos logrando! —decía.

Y era verdad.

Cada ensayo sonaba más hermoso que el anterior.

Pero, sin darse cuenta, todos comenzaron a mirar más la batuta... que las nubes.



La nota de la hoja roja

Lolo seguía asistiendo a todos los ensayos,
aunque casi nunca permanecía en el mismo lugar.

Un día apareció
con el hocico completamente morado.

❧ — ❧ — ❧ — ❧



La rana, sorprendida, le preguntó:

—¿Qué te pasó?

—Estuve pintando.

—¿Con qué?

—Con moras.

La rana soltó una pequeña carcajada.

—¿Y qué pintaste?

Lolo desenrolló un papel.

En él no había árboles, ni flores, ni animales.

Solo manchas violetas, azules y negras que parecían moverse.

La rana inclinó la cabeza.

—No entiendo qué es.

Lolo sonrió.

—Es el sonido que hacen las raíces cuando buscan agua.

La rana abrió mucho los ojos.

—Pero... las raíces no hacen ruido.

Lolo volvió a mirar su dibujo.

—Entonces... creo que las escuché muy bajito.

Y guardó el papel con el mismo cuidado con que otros guardaban una partitura.

Llegó el día de un ensayo muy importante.

Todos ocuparon su lugar y el búho levantó lentamente la batuta.

Las ranas respiraron, los grillos comenzaron su ritmo y los pájaros carpinteros hicieron sonar los árboles.

Entonces entraron los mirlos.

Sus voces eran tan suaves que parecía que el bosque entero empezaba a cantar.

Todo salía exactamente como el búho lo había imaginado.

De pronto, una pequeña hoja roja se desprendió de una rama.

Giró en el aire, dio una vuelta, luego otra y siguió descendiendo muy despacio.

Uno de los mirlos dejó de mirar la batuta.

Sus ojos siguieron el viaje de aquella hoja y, cuando pasó frente a él, dejó escapar una sola nota.

Era una nota pequeñita.

No estaba escrita, pero era hermosa.

La música se detuvo.

El búho bajó lentamente la batuta y todo el bosque quedó en silencio.

—¿Quién cantó esa nota? —preguntó con calma.

El joven mirlo dio un paso al frente.

—Fui yo.

—¿Por qué?

El pequeño pájaro miró la hoja, que ahora descansaba sobre el suelo.

Pensó un momento y después respondió muy bajito:

—No lo sé... simplemente salió.

El búho permaneció unos segundos en silencio.

Luego dijo con amabilidad:

—Si cada uno canta lo que siente en ese momento, nunca podremos terminar una obra juntos.

El mirlo asintió.

Comprendía las palabras del búho.

Pero, mientras volvía a ocupar su lugar, miró otra vez la hoja roja y no pudo evitar preguntarse por qué una sola hoja había sido capaz de regalarle una canción.





LIBRILLO 3

EL BÚHO QUE DIRIGÍA EL BOSQUE

LA PRIMERA LUCIÉRNAGA

*Una historia sobre la amistad,
la música y la magia
de escuchar.*

GUILLERMO ISAZA FISCÓ

Una historia ilustrada para lectores de 5 a 8 años...
y para todos los adultos que aún conservan la capacidad
de reconocer una pequeña luz en la oscuridad

Recomendación: Lectura acompañada: desde los 5 años.

Lectura autónoma: aproximadamente desde los 7 u 8
años.

Índice

PRIMERA PARTE

El día en que nadie dio la entrada

El silencio que esperaba permiso

La voz dentro del mirlo

Un arroyo sin director

La canción que empezaba a ser suya

El bosque sabía vivir





SEGUNDA PARTE

La noche aprendió a brillar

La luciérnaga que olvidó esperar

Estrellas entre los árboles

Un bosque de miles de voces

El pequeño punto de luz

La luz que nació cerca de la tierra

PRIMERA PARTE

El día en que nadie dio la entrada





El silencio que esperaba permiso

Aquella mañana ocurrió algo muy extraño.
El sol salió como siempre. Las flores abrieron sus
pétalos y el río comenzó a cantar entre las piedras.

Los atriles seguían en el claro. Las partituras
descansaban sobre ellos y todo estaba preparado
para un nuevo ensayo.

❧ ————— ❧



Pero nadie escuchó la llamada del búho.

Porque aquel día...

el búho no llamó a nadie.

Los primeros en llegar fueron los grillos. Se acomodaron en sus lugares de siempre y esperaron.

Uno movió lentamente las patas. Otro levantó la cabeza.

—¿Todavía no? —preguntó bajito un tercero.

Los demás miraron hacia la gran roca.

Esperaban ver aparecer al búho, pero la roca estaba vacía.

El bosque permanecía inmóvil, como si todos esperaran una palabra que nunca llegó.

Poco después aparecieron las ranas.

Cada una ocupó exactamente el mismo lugar que había ocupado en el último ensayo.

Una rana joven respiró muy hondo. Le dieron ganas de comenzar un ritmo y levantó una pata.

Pero volvió a bajarla.

—Todavía no han dado la entrada.

Las demás asintieron. Parecía una buena razón, así que también se quedaron esperando.

Los pájaros carpinteros dieron tres golpes sobre un tronco.

¡Tac!

¡Tac!

¡Tac!

Después se detuvieron tan de repente que uno de ellos se quedó con el pico apoyado sobre la madera.

Miraron el claro.

Esperaron.

Las ardillas habían llevado algunas nueces, pero ninguna comenzaba a jugar. Hasta las mariposas parecían volar más despacio, como si también temieran llegar antes de tiempo.

Lolo observaba todo desde una roca.

Frunció el ceño.

—Qué raro... Nadie les ha dicho que esperen y, sin embargo, todos están esperando.

Las horas comenzaron a pasar y el sol subió lentamente entre las montañas.

Los grillos continuaban esperando.

Las ranas continuaban esperando.

De vez en cuando, los pájaros carpinteros daban unos pocos golpes sobre los troncos y volvían a detenerse.

Hasta las mariposas parecían preguntar con sus alas:

—¿Todavía no?

Lolo seguía sentado sobre la roca. Cada vez entendía menos.

Nadie había prohibido cantar.

Nadie había prohibido jugar.

Nadie les había pedido que permanecieran quietos.

Y, sin embargo, el bosque parecía haberse olvidado de cómo empezar por sí solo.

Lolo sacó su pequeño cuaderno de dibujo y quiso pintar aquel momento.

Pero ocurrió algo extraño.

No encontraba los colores.

Tomó el verde.

No era ese.

Probó con el azul.

Tampoco.

Intentó mezclar amarillo, gris y un poco de blanco.

Nada funcionaba.

Entonces comprendió que no estaba viendo un color.

Estaba viendo un silencio.

Y aquel silencio era diferente de todos los demás.

Lolo cerró los ojos y escuchó muy despacio.

No era igual al silencio de la madrugada, cuando el bosque todavía dormía.

Tampoco era el silencio de la nieve, que parecía cubrirlo todo con una manta blanca.

Ni el que aparecía justo antes de una gran tormenta.

Este era distinto.

Era un silencio que parecía esperar permiso.

Lolo abrió los ojos.

Por fin había descubierto lo que buscaba.

No estaba en su caja de pinturas.

Estaba escondido dentro de aquella pregunta.



La voz dentro del mirlo

Mientras tanto, el joven mirlo avanzaba solo de rama en rama entre los árboles.

Había decidido no acercarse al claro.

Subió hasta la rama donde solía cantar antes de conocer al búho. Allí nadie le había enseñado a respirar, a esperar ni a buscar el momento perfecto.

Simplemente cantaba.



El mirlo respiró profundamente y abrió el pico.

La primera nota salió limpia.

La segunda también.

Sonrió.

Pero cuando iba a cantar la tercera...

se quedó inmóvil.

Algo, aunque no sabía qué, le decía que esperara.

El pequeño mirlo respiró otra vez.

Quería cantar.

De verdad quería hacerlo.

El bosque estaba tranquilo. El viento era suave y las ramas parecían esperarlo.

Volvió a abrir el pico.

La tercera nota estaba a punto de salir cuando escuchó una voz.

No venía de ningún árbol.

No estaba detrás de una roca.

Tampoco era el viento.

La escuchó dentro de su cabeza.

—Espera un poco más.

El mirlo cerró el pico y miró a su alrededor.

No había nadie.

Lo intentó nuevamente.

Respiró con calma.

Cantó la primera nota.

Después, la segunda.

La tercera quería salir, pero la misma voz regresó:

—Todavía no.

El pequeño pájaro bajó lentamente la cabeza.

Aquella voz sonaba exactamente igual que la del búho.

Tan clara.

Tan tranquila.

Tan segura.

El mirlo dio un pequeño salto sobre la rama.

—Pero... el búho no está aquí.

El bosque permaneció en silencio.

Solo las hojas respondieron, moviéndose muy despacio.

El mirlo volvió a quedarse quieto.

Entonces comprendió algo que le produjo un poco de miedo.

El búho no le estaba hablando.

Ni siquiera se encontraba cerca.

Aquella voz era un recuerdo.

Había escuchado tantas veces sus consejos que ahora podía oírlos aunque estuviera completamente solo.

El pequeño mirlo se aferró a la rama con sus patas y recogió las alas contra el cuerpo.

No sabía si escuchar aquella voz lo ayudaba...

o si le impedía cantar.

Solo sabía que ya no podía distinguir qué pensamientos eran del búho...

y cuáles eran suyos.

LIBRILLO 4

EL BÚHO QUE DIRIGÍA EL BOSQUE

LA MÚSICA QUE TODAVÍA
NO TENÍA NOMBRE

GUILLERMO ISAZA FISCÓ





Una historia ilustrada para lectores de 5 a 8 años...

y para todos los adultos que aún conservan

la capacidad de escuchar

una canción que nadie ha escrito.

Recomendación: Lectura acompañada: desde los 5 años.

Lectura autónoma: aproximadamente desde los 7 u 8 años.

Índice

PRIMERA PARTE

El día en que el búho pidió aprender

El bosque despertó de otra manera

La alegría que sabía organizarse sola

La pregunta del viejo búho

«Te escuché»



SEGUNDA PARTE

La canción que comenzó a crecer

La conversación de los pequeños sonidos

Cuando el paisaje comenzó a cantar

La semilla que guardaba un bosque

Lo que seguía creciendo

El silencio donde todo comenzaba

PRIMERA PARTE

El día en que el búho pidió aprender





El bosque despertó de otra manera

La lluvia había caído durante toda la noche.
No había sido una lluvia fuerte, sino tranquila.
Cuando amaneció, todo olía diferente.
Era como si la tierra hubiera dormido profundamente
y acabara de despertar.

● ————— ● ■ ■ ■ ●



Las últimas gotas continuaban colgadas de las ramas.

El sol comenzaba a asomarse entre los árboles y cada una guardaba un pequeño pedacito de su luz.

Lolo levantó la mirada.

—Parece que el bosque amaneció lleno de estrellas.

Nadie respondió. Todos parecían estar pensando exactamente lo mismo.

Poco a poco, los animales fueron llegando al gran claro:

los conejos, las ranas, los grillos, las ardillas, los pájaros y los ciervos.

Ocurría como todas las mañanas y, al mismo tiempo, como nunca había ocurrido.

Nadie corrió a ocupar su antiguo lugar.

Antes, cada animal sabía exactamente dónde debía colocarse.

Las ranas se reunían junto al agua, los grillos formaban una fila y los pájaros buscaban las ramas desde donde esperaban la señal del búho.

Aquella mañana era diferente.

Algunos conversaban.

Otros caminaban tranquilamente entre los árboles.

Las ranas reían con los grillos, las ardillas enseñaban las bellotas que habían encontrado y los pájaros carpinteros comparaban los sonidos que producían los troncos después de la lluvia.

Todo parecía mucho más vivo.

Lolo observó el claro.

No entendía muy bien qué había cambiado.

Seguían allí los mismos árboles, los mismos amigos y los mismos caminos.

Y, sin embargo, el aire parecía distinto.

Era como si el bosque hubiera aprendido a respirar de otra manera.

Entonces apareció el viejo búho.

Lolo levantó la cabeza esperando que subiera, como siempre, a la gran piedra desde donde había dirigido tantos ensayos.

Pero el búho no se acercó a ella.

Pasó a su lado sin detenerse y continuó caminando hasta encontrar una roca pequeña.

Después se sentó allí, exactamente a la misma altura que todos los demás.

Los animales se miraron unos a otros.

Aquello nunca había sucedido.

El búho no llevaba su batuta.

Tampoco llevaba partituras ni había preparado una nueva obra.

Simplemente se acomodó entre ellos.

Como un amigo más.

El bosque continuó despertando a su alrededor. Las conversaciones iban y venían como pequeñas ráfagas de viento.

El búho escuchaba.

No interrumpía, no organizaba ni intentaba decidir quién debía hablar primero.

Solo sonreía cada vez que descubría una conversación nueva.

Desde un tronco caído, Lolo abrió su cuaderno.

Observó durante unos instantes al búho, a los animales y a las gotas que aún brillaban entre las ramas.

Después, en la primera página, dibujó cuidadosamente una sola palabra: Escuchar.



La alegría que sabía organizarse sola

El tiempo parecía avanzar más despacio.
No porque el bosque estuviera dormido.
Todo lo contrario.
Cada pequeño sonido parecía tener ahora
el espacio necesario para ser escuchado.

• — — — — — • — — — — — •



Una gota caía desde una hoja, un escarabajo cruzaba lentamente un tronco y una mariposa abría sus alas, todavía húmedas por la lluvia.

Nadie tenía prisa.

Lolo abrió su cuaderno, pero no comenzó a dibujar.

Por primera vez, no quería atrapar inmediatamente lo que veía.

Deseaba descubrir qué hacía que aquel amanecer fuera tan distinto de todos los anteriores.

Miró.

Esperó.

Y siguió mirando.

El viejo búho también recorría el claro con la mirada.

Recordó los primeros ensayos, cuando todos esperaban una señal y bastaba con que levantara un ala para que el bosque entero guardara silencio.

Sonrió.

No con nostalgia, sino con gratitud. Comprendía que aquel tiempo había sido necesario.

Todos habían aprendido a escucharlo y él había aprendido a guiarlos.

Pero ahora estaban descubriendo algo nuevo.

También recordó el día en que el pequeño mirlo se atrevió a cantar de una manera diferente y la noche en que una luciérnaga olvidó esperar y encendió su luz antes que las demás.

En aquel momento, esos acontecimientos habían parecido muy pequeños.

Ahora el búho comprendía que los grandes cambios casi siempre comienzan así:

siendo apenas una nota, una luz o una decisión que casi nadie alcanza a notar.

De pronto, una ardilla saltó sobre un tronco y, sin querer, empujó una bellota.

La bellota rodó entre las hojas hasta llegar junto a un conejo, que la detuvo con una pata.

Después la impulsó suavemente hacia un ciervo.

El ciervo sonrió y la hizo rodar hasta una rana.

La rana soltó una carcajada y se la devolvió a la ardilla.

Muy pronto, la bellota viajaba de un animal a otro.

Era un juego.

Nadie lo había propuesto ni había explicado sus reglas.

Simplemente había nacido.

El búho los observaba.

No intentó organizar el juego.

Tampoco buscó explicar lo que significaba ni encontrar una enseñanza que pudiera compartir con los demás.

Solo permitió que sucediera.

Y mientras escuchaba las risas, descubrió que también la alegría sabía organizarse sola.

Muy cerca de allí, el pequeño mirlo permanecía inmóvil sobre una rama.

No estaba pensando en una canción.

Escuchaba.

Escuchaba cómo una risa respondía a otra, cómo una hoja contestaba al viento y cómo el arroyo parecía conversar con las piedras.

Todo hablaba, aunque nadie estuviera usando palabras.

Entonces el búho respiró profundamente.

Su voz fue tan suave que pareció formar parte del murmullo del bosque.

—Hoy no he venido a enseñarles una nueva obra.

La bellota dejó de rodar.

Todos levantaron la cabeza.

El bosque entero pareció escuchar.

Y el silencio, como un viejo amigo, se sentó también entre ellos.

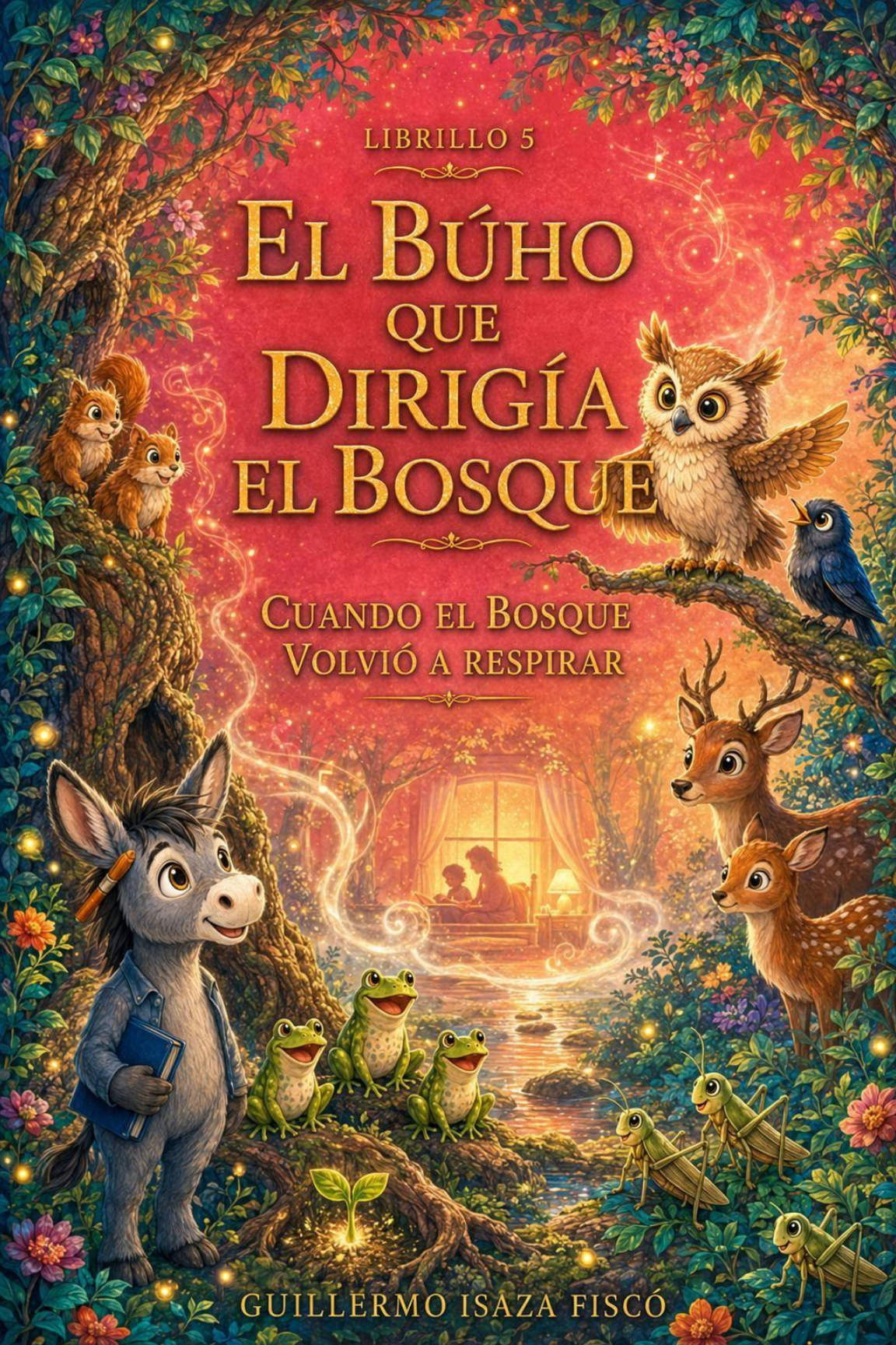


LIBRILLO 5

EL BÚHO QUE DIRIGÍA EL BOSQUE

CUANDO EL BOSQUE
VOLVIÓ A RESPIRAR

GUILLERMO ISAZA FISCÓ





y para todos los adultos que aún conservan la capacidad de escuchar

Una canción que nadie ha escrito. Recomendación: lectura acompañada desde los 5 años.

Lectura autónoma: aproximadamente desde los 7 u 8 años.

Índice

LIBRILLO 5

PRIMERA PARTE LA ÚLTIMA OBRA El claro sin filas

La última El búho que llegó sin respuestas Una gota comenzó la música El espacio entre las voces

nota

La palabra más pequeña

SEGUNDA PARTE LA NIEBLA

El libro cerrado

Mañana podemos volver a abrirlo

La ciudad bajo la lluvia Cuando la ciudad olvidó su
nombre Donde todo dejó de estar separado

PRIMERA PARTE

La última obra





El claro sin filas

Aquella mañana, todos despertaron con la misma sensación.

Nadie había enviado un mensaje.

Nadie había recorrido los senderos anunciando una reunión.

Y, sin embargo, cada habitante del bosque supo
que debía dirigirse hacia el claro.



Las ardillas dejaron por un momento sus semillas.
Las ranas salieron del estanque.

Los grillos avanzaron entre la hierba sin producir
sonido y los ciervos caminaron lentamente bajo los
árboles.

Hasta el viento parecía conocer el camino.

Cuando los primeros rayos atravesaron las ramas, el
claro ya estaba lleno.

Nadie hablaba.

Pero aquel silencio no se parecía al de los primeros
días, cuando todos esperaban que alguien les dijera
qué debían hacer.

Este silencio era diferente.

Era el silencio de quienes habían llegado porque
deseaban estar juntos.

No había filas ni lugares reservados.

Nadie preguntó quién debía sentarse adelante o
quién debía permanecer atrás.

Cada uno encontró un lugar desde donde pudiera
escuchar a los demás.

Lolo llegó con una pequeña libreta entre las manos.

No llevaba pinceles ni colores. Tampoco cargaba su caballete.

El mirlo se posó en una rama cercana.

—¿Hoy no vas a pintar? Lolo negó con la cabeza.

—Hoy quiero recordar.

El mirlo observó la libreta cerrada.

—¿Y cómo se dibuja un recuerdo? Lolo pensó durante unos segundos.

—Todavía no lo sé. El mirlo sonrió.

Aquella respuesta le pareció suficiente.

Todos estaban allí. Todos, menos el búho.

El conejo miró hacia el sendero. La rana más pequeña levantó la cabeza.

Una ardilla estuvo a punto de preguntar si debían ir a buscarlo.

Pero nadie se movió.

Habían aprendido que esperar no siempre significaba quedarse inmóvil por dentro.

A veces significaba escuchar el camino y dejar un lugar abierto para quien todavía estaba llegando.

El búho apareció cuando el sol comenzaba a iluminar la parte más alta del viejo roble.

Venía despacio.

No porque estuviera cansado, sino porque deseaba mirar cada cosa antes de llegar.

Dejó pasar la mirada por el arroyo, las piedras, las raíces, la rama del mirlo y el lugar donde Lolo solía colocar su caballete.

Todo seguía allí.





El búho que llegó sin respuestas

Lolo fue el primero en acercarse.

Miró al búho con atención.

Había algo diferente en su manera de caminar.

Antes parecía llegar a todos los lugares sabiendo lo que debía ocurrir.

Ahora llegaba dispuesto a descubrirlo.



Y, sin embargo, todo parecía nuevo.

—Te estábamos esperando —dijo Lolo. El búho contempló el claro.

—Yo también.

Lolo frunció ligeramente el ceño.

—¿Tú también nos estabas esperando? El búho sonrió.

—Sí. Durante mucho tiempo creí que solo se esperaba a quienes todavía no habían llegado.

Ahora sé que también podemos esperar a quienes ya están aquí y aún tienen algo nuevo que mostrarnos.

El mirlo descendió hasta el suelo.

Ya no era el pájaro impaciente que cantaba antes de escuchar.

Su voz conservaba la frescura del viento, pero ahora conocía también la profundidad de las pausas.

Se detuvo frente al búho.

Durante unos instantes, ninguno de los dos habló. Finalmente, el mirlo preguntó:

—¿Qué vamos a interpretar hoy?

El búho levantó la mirada hacia las copas de los árboles.

Después miró a todos los habitantes del bosque. Y respondió:

—No lo sé.

Nadie pareció sorprendido.

El mirlo fue el primero en sonreír.

Después sonrió Lolo. Luego las ranas, las ardillas y los ciervos.

Hasta el conejo, que no había comprendido muy bien por qué todos sonreían, terminó sonriendo también.

Porque algunas respuestas no cierran una pregunta. La dejan respirar.

El búho caminó hacia el centro del claro.

Por un instante, todos recordaron el primer día: la piedra elevada, las filas ordenadas y las alas indicando cuándo comenzar.

Recordaron también aquel antiguo silencio, lleno de temor a equivocarse.

Pero aquella mañana no quedaba ninguna fila que ordenar.

El búho sintió el antiguo impulso.

Sus alas recordaban aquel gesto mejor que su memoria.

Muy despacio, comenzó a levantarlas. Los animales observaron.

El mirlo permaneció quieto. Lolo sostuvo la libreta cerrada contra su pecho.

El búho abrió completamente las alas. Pero no dio ninguna entrada.

No señaló un ritmo.

No pidió silencio.

No indicó quién debía comenzar. Solo inclinó ligeramente la cabeza. Estaba saludando.

Después bajó las alas.

Y nunca volvió a levantarlas para dirigir.





BIENVENIDOS AL BOSQUE DE LOS MIL CAMINOS

El bosque ha vuelto a abrir los ojos para ti.

Aquí encontrarás a Lolo, al búho, al mirlo, a las
luciérnagas y a todos sus amigos.

Podrás colorear, recorrer caminos, buscar objetos
escondidos, jugar con los sonidos e inventar nuevas
aventuras.

Algunas actividades tienen una solución. Otras solo
necesitan imaginación.

Prepara tus colores, abre bien los ojos y afina los oídos.

**Porque cada vez que alguien juega, crea
y escucha...**

EL BOSQUE VUELVE A RESPIRAR.

COLOREA EL BOSQUE

Lolo y el búho junto al viejo roble

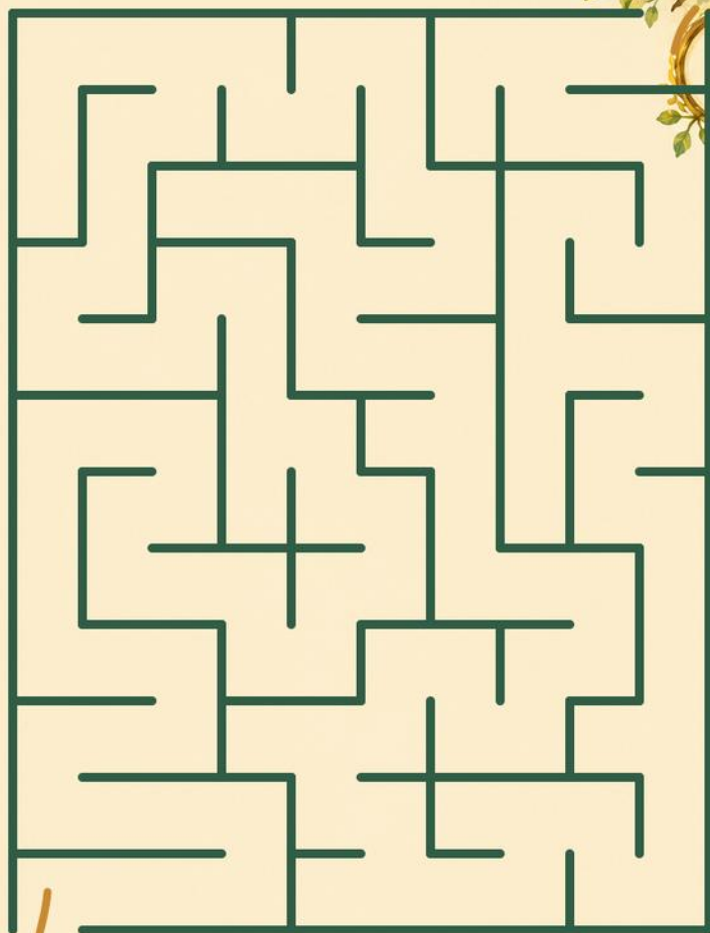


EL BOSQUE DE LOS MIL CAMINOS

Ayuda a Lolo a encontrar al búho.



META



INICIO



¿QUIÉN AYUDA A QUIÉN?

Une cada personaje con la acción que realiza en el bosque.



ARDILLAS



Tejen hojas frescas para el nido.



RANAS



Guía y enseña a escuchar.



LOLO



Cubre una bellota con tierra.



BÚHO



Recogen ramitas y bellotas.



CASTORES



Une el nido con hilos de seda.



PÁJAROS



Pinta los colores del bosque.



ARAÑA



Escuchan el agua del arroyo.



ERIZO



Apartan las ramas caídas.



LA HOJA Y LA PLUMA

Observa los dos tesoros del bosque.

Marca con una X si cada pista pertenece a la hoja, a la pluma o a las dos.



HOJA



PLUMA

CARACTERÍSTICA	HOJA	LAS DOS	PLUMA
Es ligera.	☐	☐	☐
Puede caer y girar con el viento.	☐	☐	☐
Tiene nervaduras.	☐	☐	☐
Crece en un árbol.	☐	☐	☐
Tiene barbas suaves.	☐	☐	☐
Pertenece a un ave.	☐	☐	☐

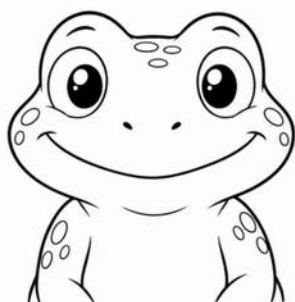
PIENSA Y CUENTA

¿Cómo se mueven cuando sopla el viento?



COLOREA A LOS AMIGOS DEL BOSQUE

Colorea la rana y el erizo con tus tonos favoritos.
Puedes seguir la naturaleza... ¡o inventar colores nuevos!



GUÍA DE COLOR

- ☐ Rana: verdes, amarillos, azules... o el color que imagines.
- ☐ Erizo: cafés, ocre, grises... o una mezcla fantástica.
- ☐ Consejo: deja pequeños brillos blancos en sus ojos.

RETO FINAL

Dibuja una hoja dorada entre los dos amigos.

ORDENA LA AVENTURA

Mira las escenas y recuerda cómo comenzó la historia.
Escribe del 1 al 4 en los círculos según el orden en que ocurrieron.



EL ENCUENTRO CON EL BÚHO



LA HABITACIÓN



EL CUADERNO AZUL



LA ENTRADA AL BOSQUE

CUENTA LA AVENTURA

¿Qué sucedió después de abrir el cuaderno azul?



MI PÁGINA DEL CUADERNO AZUL

Dibuja un lugar, real o imaginario,
donde te sientas acompañado.

Puede ser un recuerdo... o un sueño.



LA ORQUESTA DEL BOSQUE

Encuentra los seis sonidos escondidos en la escena.

Escribe en cada círculo la letra que corresponde.



¿QUIÉN SUENA ASÍ?

A

BZZZ

B

GLU, GLU

C

UHÚ

D

SHHH

E

CROAC

F

PÍO, PÍO

El sonido más suave es: _____

Mi nuevo sonido para el bosque: _____



COLOREA LA AMISTAD

Todos ayudan a reparar el nido

